

Lo mal de sement

(Un capítulo de historia de la medicina valenciana)

EN la antigua Bretaña del Norte de Francia, diócesis de Saint Malo, cerca del río Gaël, se levantaba el Monasterio de Saint Main o Meen, guardador de las reliquias del santo del mismo nombre, a donde acudían caravanas de enfermos, verdaderas peregrinaciones que, atraídas por vivos deseos de curación, imploraban la protección de Sanctus Moevius, Mentius o Majanus, nombres latinizados del santo, para su enfermedad contagiosa; una mano recortada en paño rojo y llevada en el pecho o la cabeza, sitios bien visibles, era pregonera del contagio y aviso de sanos y timoratos.

De allí, de Saint Meen, tomando del santo el nombre de la enfermedad, según práctica medieval, y tal vez por el parecido del nombre, llamaron valencianos, catalanes y aragoneses mal de sement, — *valentini, catalani et aragoneses ipsum morbum sementi vocarunt*, dice nuestro Gaspar Torrella, — al mal de San Mevio de los alemanes, *mal de simiente* o de *San Cimicnte* o de *San Clemente*, que traducían los aragoneses de tiempos posteriores, *pudendagra*, como la llamó Gaspar Torrella, también conocida por *morbo gálico, mal francés* o *napolitano*, y que el médico y poeta Gerónimo Fracastor bautizó con el de sífilis en pleno siglo xvi, en la fábula del pastor *Sifflis*, víctima del morbo por haber ofendido a los dioses.

Una epidemia de mal francés desarrollada en Italia por los años de 1495 y 1496, pocos después del regreso de Colón de su primer viaje a tierras americanas, y los focos trasatlánticos señalados por Hernández de Oviedo, el historiador Fr. Bartolomé de las Casas, López de Gomara, Fr. Bernardino de Sahagún y el sevillano Nicolás Monardes, aumentaron las sospechas de que tan terrible enfermedad hubiese venido de América

con las huestes colombianas, y la sospecha convertida en afirmación fué propalada y sostenida por muchos: por nuestro filósofo Luis Vives, por Astruc, A. Geigel, Finckenstein, Mehlsheimer, Binz, etc.

Hoy la tesis del origen americano de la sífilis no es defendible, y a los nombres de Gruner, Bell, Cazanave, Rainaud, Hensler, Hecker, Daremberg, Lancereaux, Rosenthal, hay que añadir el de Rodrigo Pertegás y preguntarse con Ricord dónde y por quién empezaría el mal terrible.

Es don José Rodrigo Pertegás el empedernido escrutador de archivos y bibliotecas, paleógrafo consumado acopia materiales que con generosidad sin límites dona a los Amadeo Pagés, Sanchis Sivera, Teodoro Llorente, Serrano Morales, Peset, Tramoyeres y tantos otros. Trabajador infatigable «cual violeta escondida entre las matas, — dice el maestro Vicente Peset en su discurso contestando al de Rodrigo Pertegás, de entrada en la Real Academia de Medicina de Valencia, leído el 31 de diciembre pasado¹ —, pero cuya fragancia la descubre, así Rodrigo vivió modestísimo sus mejores años oculto en archivos y bibliotecas, entre pergaminos y legajos latinos y valencianos, irradiando su nombre tan viva luz, que la Academia hubo de llamarle a su seno. Ahí le tenéis inválido, casi ciego ya, deshauciado desde la juventud por sus pavorosas hemoptisis, siempre enfermizo como aquellos grandes hombres que se llamaron Galeno, Newton o Voltaire; pero la nieve de los años no le resta entusiasmos, según acredita su interesante discurso, modelo de investigación histórica».

Sus estudios sobre *Domingo Ros de Ursins*, médico de la reina doña María de Luna, que dió a conocer en las sesiones apologéticas del glorioso Instituto Médico Valenciano, sobre *Topografía preurbana*, sobre *Epidemiología valenciana*, amén de otras documentadas e interesantes aportaciones publicadas en revistas y hojas diarias, convirtiéronle en familiar, cuando

1. Discursos leídos en la Real Academia de Medicina de Valencia en el acto de la recepción pública del Académico electo D. José Rodrigo Pertegás, el día 31 de diciembre de 1922. (MAL DE SEMENT, Discurso de D. José Rodrigo Pertegás).— Valencia.— Imp. de Hijo de P. Vives Mora.— 1922.— 76 págs. 4.º

no en seguro guía de todos cuantos se dedican al estudio del pasado valenciano.

Era Valencia en pleno siglo xv una urbe plerónica de vida intelectual y mercantil, cobijo también de las mayores lacras sociales — que siempre los extremos se tocan — y el tráfico con Nápoles, Génova, Pisa y otras ciudades italianas, el comercio con los pueblos de Oriente y de la Europa central, habían de convertir a la ciudad, cabeza del reino, en nido de grandes vicios, de costumbres depravadas, descargados a la vez que aquellas gentes que implantaron por primera vez la imprenta en España, que convivieron con aquellos valencianos que llenaron de cinceladas obras y primorosos retablos iglesias y monasterios, que construyeron monumentos civiles, pasmo de las generaciones venideras, y que asimilaron lo extraño para fundirlo en su propio crisol y asombrar al mundo por boca del taumaturgo y gran valenciano Vicente Ferrer.

Y en aquella Valencia del cuatrocientos, en 1489, es cuando Guillermo Mir consigna en su dietario que había *mal de sement*. Si la nota manuscrita del incunable que perteneció a Serrano Morales, dice existió mal francés en 1436; si Villalobos en su Tratado de las pestíferas bubas indica apareció la enfermedad en España por 1479 y 1481; si los astrólogos Regiomonte y Middelburgo predijeron la aparición del mal en 1475 y 1487; si nuestro Pedro Pintor, médico del Papa valenciano Alejandro VI, dice comenzó en 1483 y que duraría hasta 1500; si Francisco Delicado señala su existencia en Rapallo de Zenova en 1488; si Pedro Mártir de Anglería escribe este mismo año a Ario Lusitano afecto del mal; si nuestro Gaspar Torrella describe en su obra publicada en 1497 las caravanas de enfermos que acuden al Monasterio de Gaël como peregrinaciones antiguas y muy concurridas; si el 15 de octubre de 1495 se erige un altar en la Iglesia de San Martín en honor de Sant Ment, no el fundador del monasterio de la Bretaña, sino de un mártir de Frigia que ya recibía culto en la Catedral en 1348 y al que invocaban los afectos del *mal de dolor e bues*; si en 14 de enero de 1489, y meses después, y en 1490, y en 1495 se pagan varios sueldos de limosna a enfermos de mal de sement, según consta en los libros de gastos de la loable confraría de la Verge Maria, hay que concluir — como afirma Rodrigo Periegás — que Guillermo

Mir consignó una noticia exacta en su dietario, continuado más tarde por Mascó, y que el mal de sement existió en Valencia mucho antes de 1489.

El feliz hallazgo de un proceso que se tramitó en 1528 por reclamación hecha por el doctor en medicina Juan Calvo pidiendo la anulación de la venta de una esclava que compró afecta del mal de sement, en la que intervinieron varios médicos como peritos; los tratados de Torrella, de Pintor y de Juan Almenar, todos médicos valencianos que observaron y asistieron enfermos del mal, son fuentes aprovechadas por Rodrigo Periegás para reconstruir el cuadro clínico del mal francés en la XV centuria. Claro está que la etiología, patogenia y terapéutica de la enfermedad, estaban en ecuación con las preocupaciones de la época, e imbuidos los médicos por las teorías humorales, resabios de la medicina galénico-arábica, entonces reinantes, atribuían a *gran sequetat* la aparición del mal, y consideradas las manifestaciones cutáneas iguales o parecidas a las presentadas por enfermos afectos de *elefantiasi*, *scabie* o *sahafati* se les prescribía su tratamiento, dejándoles con aquella amarillez de rostro que ofrecía el Alférez Campuzano cuando salía del Hospital de la Resurrección de tomar cuarenta sudores.

Los socorros concedidos a enfermos de mal de sement en 1489, y la noticia de Mir del mismo año, prueban la antigüedad del mal en Valencia, que en 1494 sufre otro recrudescimiento según noticia del dietarista Mn. Gaspar Mascó, exacerbación que continúa en 1495 cuando los enfermos erigen un altar a San Ment, devoción que dura todavía en 1498 al fundar en la Catedral una dobla en su honor e incluir su rezo en el breviario valenciano impreso el año 1503 en Zaragoza.

Pero el mal francés, como la lepra, el tifus castrense — el tabardillo pintado de los castellanos — las enfermedades producidas por la familia coli-tifus, las infecciones palúdicas, no presentaron la misma marcha epidémica, no ofrecieron el mismo cuadro clínico antaño que actualmente; el desconocimiento de su etiología, de su patogemía, de su epidemiología, la falta de higiene de villas y lugares, de hábitos personales de aseo, de policía sanitaria, además de algo desconocido y poco explicable, pero evidente, como es la atenuación de los virus al correr de los tiempos, si bien con exaltaciones de virulencia,

también inexplicables, hacen que sea difícil deslindar campos en epidemias como las de 1489 y 1494 en que hay superposición de dos cuadros clínicos, de dos entidades nosológicas hoy perfectamente conocidas y estudiadas.

No se escapó nada de esto a la perspicaz observación de los clínicos de la XV centuria: Pedro Pintor señaló las diferencias individuales que presentaban las pústulas del *morbis foedus*; Cazanave apunta la recíproca influencia que ejercieron en muchos enfermos el mal francés, mal de sement, y la peste negra, peste bubónica, que principalmente revestiría la forma neumónica, más terrible y más fulminante que la forma ganglionar o bubónica, cuyo agente productor habían de descubrir en 1894 Kitasato y Yersin, casi a la vez, en la epidemia de Hong Kong.

Una epidemia de peste negra, de pestilencia, amenazaba la ciudad y reino de Valencia en la postrimería del siglo xv; en 1489 empiezan a tomarse medidas en la ciudad de Valencia contra la peste que asolaba gran parte de Castilla y Murcia; trazan los Jurados en varias *crídes*, o pregones, normas para evitar el contagio y fijan sanciones para los transgresores. En octubre aparecen los primeros casos, que aumentan y culminan por todo el año de 1490, *l'any de les morts*, cuando mueren Mossen Oto de Borja, jurado electo, el Obispo Fr. Jaime Pérez, la cultísima Abadesa del Convento de la Trinidad Sor Isabel de Villena y más de once mil personas, según afirman todos los dietaristas de la época; cercenan gastos los Jurados para atender al abasto de la ciudad, a los enfermos, para pagar a los *especiers*; cunde el pánico entre los vecinos que huyen a otros lugares y villas, como Castellón, donde los Jurados se ven precisados a tomar el acuerdo¹ el día 10 de enero de 1490, de prohibir la entra-

1. •Die domjnca decima Januarj anni mcccclxxxx.

E com fos proposat que molta gent fogia de valencia per les morts que alli eren e alguns venien a la present vila per habitar, fonh clos e delliberar que no siguessen obreris sino quatre portals co es lo de sent augusti, e de la fra e hun portal deues barcelona e altre deues valencia e aquesta siguesse ab guardes de dja e no dexassen entrar negun sino per lo portal de sent augusti al qual portal siguessen dos homens de fayço e tinguessen loch de justicia e basto e no dexassen entrar algun que vingua de part on se moren e axo fos purgat ab jurament. E de nji alguessen tots los portals tancats e sols hagues guardes en lo de sent augusti, e axi mateix fonch ordenat que negun no gossas acollir persones de part on se morissen per star a pena de cent sous sens remissio alguna». (MANUAL DE CONCELLS. 1490. Archivo Municipal de Castellón.) — Debo esta noticia a la bondad de mi amigo Eduardo Juliá.

da a todo el que procediese de lugares infectos. Fué tan terrible la epidemia, y tan frecuentes los casos fulminantes, que los notarios hacíanlo constar en el formulismo inicial de los testamentos; tal la preocupación de médicos y profanos que Luis Alcanyis, *mestre en medicina*, publicó en dicho año un tratado sobre *Regiment preservatiu e curatiu de la pestilencia*, con instrucciones para atender a los enfermos y preservarse contra posibles y frecuentes contagios.

Cesó la epidemia de 1490 a fines de año, pero otra vez en mayo de 1494 empieza un recrudecimiento que dura hasta agosto, y que si bien no ocasiona la enorme cifra de mortalidad de 1489-90, paraliza la vida de la ciudad.

Vemos, pues, coinciden dos epidemias: la de 1489-90 y la de 1494-95 con la existencia de muchos enfermos de mal de sement en la ciudad, según las noticias de los dietarios y libros de memorias de la época, las de los archivos que fueron rebuscados por Rodrigo Pertegás, y diestra y habilmente esgrimidas por él para afianzar el razonamiento de su discurso, obra maestra de investigación.

Y es que las obras de Rodrigo Pertegás son — digámoslo con cita bastante manoseada pero justa — como el vino de la *cena* de Baltasar del Alcázar *que ello se alaba, no es menester alaballo*.

ANGEL SÁNCHEZ GOZALBO

Enero de 1923.